

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO II

IMAGEN NÁHUATL DEL UNIVERSO

Hemos comprobado en el capítulo anterior la existencia histórica de los *tlamatinime* o filósofos nahuas. Aun cuando no hubiera forma alguna de estudiar su pensamiento, nos constaría por los textos aducidos que hubo entre los antiguos mexicanos hombres dedicados a quehaceres intelectuales que con razón merecieron —por su analogía con los sabios griegos— el calificativo de filósofos. Sin embargo, para fortuna nuestra, quienes nos transmitieron datos acerca de su existencia, particularmente Sahagún y sus informantes, nos hablan también con algún detalle sobre sus ideas y doctrinas. Gracias a esto podremos estudiar ahora directamente, sobre la base de las fuentes ya valoradas, el pensamiento de los *tlamatinime*.

Sus preocupaciones —como lo muestran los textos— versaron sobre el origen y naturaleza del mundo, del hombre, del más allá y de la divinidad. Y siendo precisamente estas ideas los centros fundamentales de referencia del pensamiento humano, creemos conveniente tratarlas por separado, siguiendo la división tradicional de las varias ramas de la filosofía. Este capítulo estudiará su pensamiento acerca del origen, ser y destino del mundo.

Conviene notar desde un principio que la primera formulación de las ideas cosmológicas de los nahuas —al igual que las de los demás pueblos cultos, incluyendo a los griegos— se llevó a cabo a base de metáforas y con los ropajes del mito. Sin embargo, la presencia de mitos no debe desorientarnos. Ya hemos citado a Werner Jaeger, quien sostiene que hay auténtica mitogonía en las filosofías de Platón y Aristóteles. Lo que sucede es que en los primeros estadios del pensamiento racional comienza éste a formular sus atisbos a base de símbolos capaces de cautivar su atención. La elaboración racional es el andamiaje; los mitos ofrecen el contenido simbólico

que hace posible la comprensión. De hecho, aún hoy día nos quedaríamos asombrados al analizar nuestras más bien cimentadas verdades científicas y descubrir todo el simbolismo, las metáforas e incluso los auténticos mitos implicados en ellas.

En el pensamiento cosmológico náhuatl encontraremos, más todavía que en sus ideas acerca del hombre, innumerables mitos. Pero hallaremos también en él profundos atisbos de validez universal. De igual manera que Heráclito con sus mitos del fuego inextinguible y de la guerra, “padre de todas las cosas”, o que Aristóteles con su afirmación del motor inmóvil que atrae, despertando el amor en todo lo que existe, así también los *tlamatinime*, tratando de comprender el origen temporal del mundo y su posición cardinal en el espacio, forjaron toda una serie de concepciones de rico simbolismo que cada vez iban depurando y racionalizando más.

Porque es indudable, como se comprobará en seguida documentalmente, que el pensamiento cosmológico náhuatl había llegado a distinguir claramente entre lo que era explicación *verdadera* —sobre bases firmes— y lo que no rebasaba aún el estadio de la mera credulidad mágico-religiosa. En otras palabras, valiéndonos de nuevo anacrónicamente de un término occidental, el más aproximado para expresar la distinción percibida por los sabios nahuas, diremos que sabían separar lo verdadero —*lo científico*— de lo que no era tal.

Y esto no es una hipótesis. Los textos nahuas lo demuestran. Véase, por ejemplo, el siguiente texto en el que, tratando de sus médicos o curanderos, hacen clara distinción entre los auténticos —los que conocen experimentalmente sus remedios y siguen un método apropiado— y los falsos que recurren a la brujería y a los hechizos:

- 1 El médico verdadero: un sabio (*tlamatini*), da vida;
- 2 concedor experimental de las cosas: que conoce experimentalmente las hierbas, las piedras, los árboles, las raíces.
- 3 Tiene ensayados sus remedios, examina, experimenta, alivia las enfermedades.
- 4 Da masaje, concierta los huesos.
- 5 Purga a la gente, la hace sentirse bien, le da brebajes, la sangra, corta, cose, hace reaccionar, cubre con ceniza (las heridas).
- 6 El médico falso: se burla de la gente, hace su burla, mata a la gente con sus medicinas, provoca indigestión, empeora las enfermedades y a la gente.

- 7 Tiene sus secretos, los guarda, es un hechicero (*nahualli*), posee semillas y conoce hierbas maléficas, brujo, adivina con cordeles.
- 8 Mata con sus remedios, empeora, ensemilla, enyerba.¹

Un breve análisis de la primera parte del texto, que se refiere al médico genuino, pone de manifiesto que es un sabio: *tlamatini*; que conoce experimentalmente las cosas: *tlaiximatini*, palabra compuesta que significa el que directamente conoce (*-imatini*) el rostro o naturaleza (*ix-*) de las cosas (*tla-*). Así, conoce sus remedios: hierbas, piedras, raíces, etcétera. Sigue un método: prueba primero el valor de sus medicinas antes de aplicarlas, examina y experimenta. Se mencionan por fin las varias formas que tiene para devolver la salud: dando masaje, concertando los huesos, purgando, sangrando, cortando, cosiendo, haciendo reaccionar a sus pacientes. Forma tan cuidadosa de proceder merece ciertamente un nombre muy semejante al moderno de ciencia. Quien quisiera penetrar más en el estudio de la medicina náhuatl tiene a su disposición el libro X de la *Historia* de Sahagún, los textos nahuas de sus informantes y los interesantísimos trabajos del médico indígena Martín de la Cruz, que terminó su tratado de botánica medicinal en 1552, así como los datos recogidos por el doctor Hernández en los años siguientes hasta el de 1577.²

¹ Textos de los informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 119r; *AP I*, 13.

² El tratado de Martín de la Cruz fue traducido del náhuatl al latín por Juan Badiano, indígena de Xochimilco, con el título de *Libellus de medicinalibus indorum herbis*. Esta obra, descubierta en 1929 en la Biblioteca Vaticana, fue publicada en edición facsimilar por E. Walcott Emmart con el título de *The Badianus Manuscript*, Baltimore, John Hopkins Press, 1940.

Esta misma obra ha vuelto a ser editada en espléndida reproducción facsimilar: Martín de la Cruz, *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, manuscrito azteca de 1552, según traducción latina de Juan Badiano. Versión española con estudios y comentarios por diversos autores (Efrén C. del Pozo, Ángel María Garibay K., Justino Fernández, Faustino Miranda, Rafael Martín del Campo, Germán Somolinos y otros), México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1964.

Dos son las ediciones principales que existen de la obra que acerca de plantas terapéuticas y animales de la Nueva España escribió el doctor Francisco Hernández: la llamada edición “romana” de mediados del siglo XVII y la “matritense” de 1790. (Véase la cuidadosa “Bibliografía del Dr. Francisco Hernández, humanista del siglo XVI”, publicada por el doctor Germán Somolinos D’Ardois, en *Revista Interamericana de Bibliografía*, v. VII, n. 1, enero-marzo de 1957, p. 1-76.)

Por otra parte, la figura del falso médico, brujo o *nahual*, burlador de la gente, conecedor de hierbas malélicas, hechicero que adivina con cordeles,³ muestra claramente lo que ya se ha dicho: uno era el saber basado en el conocimiento y el método y otro el de la magia y hechicerías. Referirse pues a todos los curanderos nahuas como brujos sería fruto de la más completa ignorancia histórica.

Pues bien, esta clara distinción ofrecida por el texto citado de los informantes indígenas, quienes debieron memorizarla sin duda en el *Calmécac*, pone de manifiesto cuál era el tipo de saber, resultado

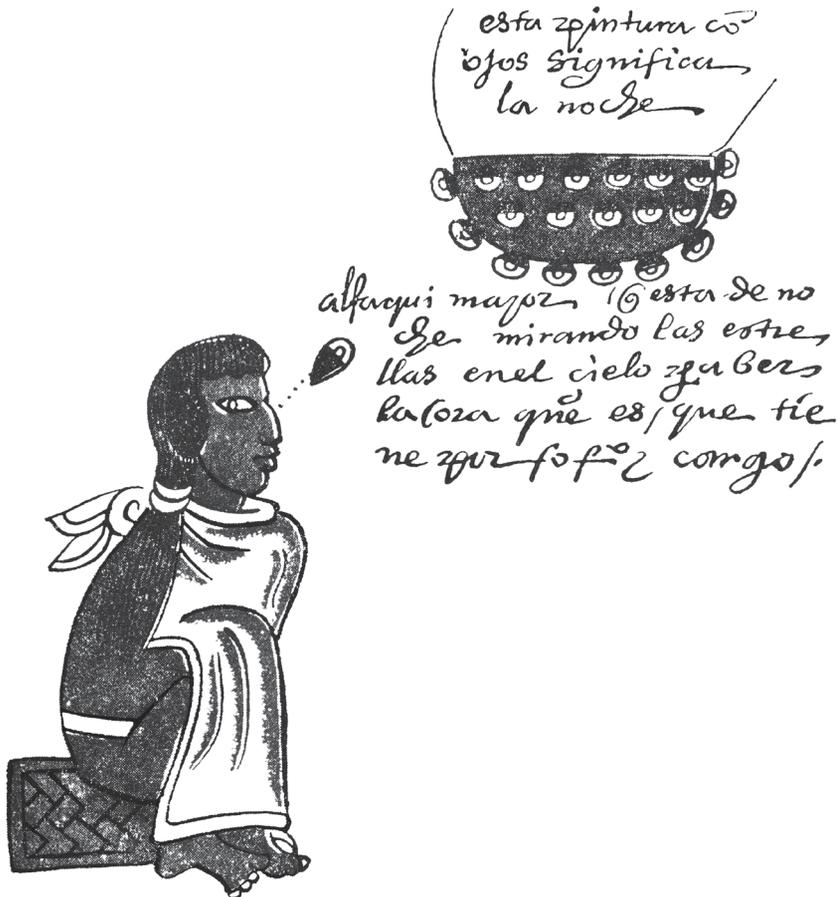
El Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México publicó (1942-1946) una parte de la obra de Hernández en versión castellana de José Rojo: *Historia de las plantas de Nueva España*, 3 v., México, Imprenta Universitaria, 1942-1946.

A partir de 1959, la Universidad Nacional Autónoma de México ha comenzado a editar las *Obras completas* de Hernández. Hasta el presente (1965) han aparecido tres volúmenes; el primero de ellos con estudios introductorios de José Miranda y Germán Somolinos. En los volúmenes II y III se incluyen íntegros los veinticuatro libros de la *Historia natural de Nueva España*, así como la *Historia de los animales y de los minerales de Nueva España*, que no se habían reunido antes en una sola obra con el resto de los trabajos de Hernández acerca de la naturaleza mexicana.

Escribió también el mismo Hernández, entre otras cosas, un trabajo acerca de las antigüedades de Nueva España, en el que, siguiendo de cerca la *Historia* de Sahagún, ofrece en ocasiones datos allegados directamente por él mismo. Véase la reproducción facsimilar de este trabajo: *De antiquitatibus Novae Hispaniae*, auctore Francisco Hernandez, medico et historico Philippi II et indiarum omnium medico primario, en “Códice de la Real Academia de la Historia de Madrid”, México, Talleres del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1926. Existe versión castellana: *Antigüedades de la Nueva España*, traducción del latín y notas por Joaquín García Pimentel, México, Robredo, 1945.

En relación con los conocimientos sobre anatomía y medicina en general de los nahuas, mencionaremos tan sólo otros tres trabajos de particular importancia: “Estudios farmacológicos de algunas plantas usadas en la medicina azteca”, por el doctor Efrén C. del Pozo, en *Boletín Indigenista*, v. VI, p. 350-364; “Influencia indígena en la medicina hipocrática”, por el doctor Juan Comas, en *América Indígena*, v. XIV, p. 327-361, en los que se destaca el hecho de la supervivencia, tanto en el plano científico como en el popular, de no pocos conocimientos médicos de los antiguos nahuas; “La anatomía entre los mexicas”, por el doctor Rafael Martín del Campo, en *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, t. XVII, n. 1-4, diciembre de 1956, p. 145-167.

³ Motolinía describe así brevemente la forma como adivinaban los hechiceros con cordeles: “También tenían aquellos hechiceros unos cordeles como llavero de donde las mujeres traen colgando las llaves e lanzábanles, e si quedaban revueltos decían que era señal de muerte e si salía alguno o salían extendidos era señal de vida...” Fray Toribio Motolinía, O. F. M., *Memoriales*, París, 1903, p. 126.



Tlamatini observando las estrellas (Códice mendocino)

de observación directa, buscado por los sabios nahuas. Y no es esto de extrañar, si se toma en cuenta el hondo sedimento *racionalizante* que debían dejar en ellos sus observaciones astronómicas y los cálculos matemáticos relacionados con sus dos calendarios.

Porque, como ya lo hemos oído de labios de los mismos indios hablando con los frailes, sus *tlamatinime* se dedicaban a observar y medir el curso de los astros. Sus astrónomos —como se lee en los *Colloquios*— medían con la mano, a modo de sextante, el recorrimiento de los astros por los caminos del cielo.⁴ Determinaban el comienzo de la cuenta de los años (*xiuhpohualli*), el orden de la cuenta de los destinos (*tonalpohualli*) y de cada una de las veintenas; sabían precisar las divisiones del día y de la noche y, en una palabra, poseían amplios conocimientos matemáticos para poder entender, aplicar y aun perfeccionar el calendario heredado de los toltecas. Existiendo bien documentados estudios acerca de esto y de la cronología náhuatl en general, no vamos a detenernos aquí en ulteriores consideraciones sobre este punto.⁵ Es suficiente haberlo mencionado como una prueba más de que nada tiene de extraño encontrar un genuino pensamiento cosmológico entre quienes tan familiarizados estaban con los cálculos matemáticos exigidos por su astronomía y cronología. Un análisis de algunos de los textos que contienen la expresión mítico-simbólica de las ideas nahuas acerca de la fundamentación del universo, su acaecer temporal y su orientación espacial, pondrá de manifiesto cuáles eran los temas principales de su concepción cosmológica.

⁴ *Colloquios y Doctrina Christiana...*, f. 3r; AP I, 13. (Edición de Lehmann, p. 97.)

⁵ Entre los trabajos sobre este tema puede mencionarse la interesante obra del licenciado Raúl Noriega, *La Piedra del sol y 16 monumentos astronómicos del México antiguo*, 2a. ed., preliminar, México, 1955, en la que, sobre la base de interpretaciones de carácter matemático, descubre no sólo en la *Piedra del sol*, sino en otros varios monumentos prehispánicos, toda una serie de “relojes cósmicos” de asombrosa precisión. Su desciframiento de signos algébricos, factores, multiplicadores, etcétera, en la *Piedra del sol*, merece un detenido estudio de parte de quienes se interesan por el aspecto científico de las antiguas culturas de Mesoamérica.